

Recuerdo de Fernando Ortiz Letelier

Carlos Orellana

Hace unas pocas semanas, mi hija Isabel, que vive en el Canadá, me dice en una de sus cartas lo siguiente:

“Estamos muy impactados con lo que está sucediendo en Chile. Me han estremecido profundamente las revelaciones recientes, como si no hubiéramos estado al tanto de todas esas prácticas aberrantes e inhumanas. Han sido momentos de mucho dolor. Inevitablemente recuerdo aquellos pocos días posteriores al golpe en que pasé escondida con varios compañeros en una casa que se nos asignó en Ñuñoa y a la que llegó el tío Fernando. Me encontré allí con él reunida por una casualidad o a causa tal vez de una ineficaz planificación de la seguridad interna del partido. No me reconoció al comienzo y me miró sorprendido cuando le dije “hola, tío”, y me abrazó emocionado cuando le conté quién era... Extraña circunstancia esa que me permitió conversar larguísimo con él sobre toda esa oscura realidad que nos se venía encima y elucubrar sobre las posibles consecuencias futuras de ella; pero aunque él mencionaba ya el gran repliegue y la clandestinidad que nos esperaba, no imaginábamos la verdadera envergadura e impacto que tendría en nuestras vidas. Sus palabras serenas y sabias nos infundían un poco de calma. Fueron conversaciones medio susurradas, tratando de vencer el miedo y el frío y cuidando de no despertar la curiosidad de los vecinos con nuestros movimientos en la casa. Él fue el primero en partir cuando se levantó por algunas horas el toque de queda. Se despidió con un abrazo apretadísimo

2

antes de subir a la vieja citroneta que se lo llevó. Fue la última vez que lo vi”.

Para mis hijos, en efecto, Fernando Ortiz era sencillamente el “tío Fernando”.

Para nosotros, sus compañeros de universidad y de militancia, era “el viejo”. Había tenido que abandonar sus estudios por problemas familiares durante un tiempo más o menos prolongado, y cuando los retomó, era ya una nueva generación la que encontró en el Instituto Pedagógico. La verdad era que lo de “el viejo” no era tanto por una cuestión de edad, como por un asunto de experiencia. Fernando acumulaba años de labor en el movimiento estudiantil, en Puerto Montt, su ciudad natal, a nivel de enseñanza secundaria, y en la Universidad de Chile, a comienzos de la década del 40.

Los jóvenes --es decir, los nuevos--, quedábamos de inmediato cautivados por la autoridad carismática de quien notoriamente había nacido para ser líder, en el sentido más cabal del término. Yo no he olvidado nunca mi primer encuentro con él. Marzo de 1948. Primera semana de clases en el Pedagógico, en el viejo local de la calle Ricardo Cumming. El centro de alumnos había convocado a una asamblea para debatir la detención de Bjorn Holgrem, otrora dirigente estudiantil connotado, a quien la policía política de González Videla había sacado violentamente desde el laboratorio de la Escuela de Medicina en que desarrollaba su trabajo científico. El discurso que le oí a Fernando en aquella ocasión me produjo un efecto electrizante. Era difícil sustraerse a la fascinación que producían su verba inflamada y vigorosa, la solidez y claridad de las ideas y el énfasis casi furioso de la exposición. Sumado a lo que podríamos llamar su dominio escénico: el gesto desafiante con que se plantaba en la tribuna, la mirada colérica, el nervioso movimiento de las manos, el rebelde mechón de pelo cayendo insistente sobre la frente. La poderosa capacidad de

3

sugestión de sus palabras superaba largamente sus dificultades de dicción, y la engañosa imagen que podía transmitir su rostro de niño iracundo.

En los años siguientes, en mi formación fueron bastante esenciales esas lecciones que recibí escuchándolo en asambleas estudiantiles o en reuniones partidarias, pero sobre todo en nuestras conversaciones interminables. Siempre he tenido presente la importancia que tuvo en mi aprendizaje ideológico el haberlo conocido y el haber vivido una larga experiencia política común.

Pero no es el dirigente el que me interesa evocar hoy, sino el amigo.

No fue la nuestra una amistad fácil. Por diferencias de edad, de madurez política, de temperamento. Porque Fernando tenía una personalidad compleja: dominante y con ciertos rasgos de soberbia, en lucha con un fondo de ternura que se negaba a aflorar, por temor suyo, pienso, a que pudiera interpretarse como signo de debilidad. Quién no recuerda el tamborileo impaciente de sus dedos sobre la mesa alrededor de la cual discutíamos sobre el mejor modo de cambiar el mundo. Soportaba mal nuestros balbuceos, nuestra lentitud de reflexión, nuestras dificultades para analizar algún problema y para descubrir las salidas.

Muchos deben haber sido testigos de estos gestos nerviosos y hasta intolerantes, propios de quien ve más lejos, más profundamente y con más celeridad que sus semejantes. Y que al final se agradecen, porque tras ellos está a menudo la clave para encontrar las soluciones correctas.

Pocos, en cambio, creo, habrán tal vez alcanzado a penetrar su condición más íntima, menos cercana del político que del hombre, ajena al debate público, a las exigencias y deberes del dirigente.

¿Lo conseguí yo? Probablemente no, porque el pudor puede ser más fuerte, el interlocutor querrá comunicarte muchas más cosas de las que

4

acepta, pero frenará el intento; apenas podrá disimular la lágrima de la que de todos modos uno será testigo.

Hay que ser joven y vivir con pasión verdadera el deseo de comunicarse conversando como para haber hecho, como hacíamos con Fernando, unas caminatas absolutamente extravagantes, desde el viejo local de la Federación de Estudiantes en Alameda 850, hasta la Pila del Ganso, pasado General Velásquez, camino de mi casa. Y como los temas de conversación no estaban agotados, retomábamos todavía, a pie también, la ruta la inversa, llegando esta vez más allá, hasta la misma Plaza Italia.

No fue, por cierto, sólo de este modo peripatético que se manifestó aquella amistad.

Se dio de muchas maneras, y no es extraño, por eso, que para mis hijos, él fuera el "tío Fernando".

Como la vida no es nunca una línea recta, sin inflexiones, y en algún cruce surge de repente lo inesperado, a veces lo indeseado, nuestra amistad con Fernando sufrió en algún momento una suerte de paréntesis. Dejé de verlo un cierto tiempo, y sólo se produjo de nuevo la antigua convergencia en los años de la Unidad Popular, en que compartimos responsabilidades en frentes de trabajo común. Después de todo, aquella fue la ocasión del gran reencuentro histórico del pueblo chileno.

Lo vi todavía una vez más después del 11 de septiembre. Había elegido, sin vacilar un solo instante, el camino que lo llevaría a la muerte. Me aconsejó que partiera al exilio, y se despidió con un último abrazo.

Los durísimos hechos vividos estos meses en torno a los macabros hallazgos de la cuesta Barriga, han levantado una ola de congoja colectiva, al revivir el holocausto que sufrimos con la dictadura.

75

A mí me han retrotraído mucho más lejos en el tiempo. Inevitablemente, a mis años de juventud, aquellos en los que yo apenas nacía a una comprensión más reflexiva y madura del mundo que me rodeaba. Fui heredero entonces de situaciones que juzgo excepcionales, aprendí mucho de muchos encuentros y supe lo que era toparse con la plenitud del descubrimiento. Me siento en todo ello deudor de tantas y tantas personas y cosas.

Hay de aquella época un amigo inolvidable a quien le debo lo que creo comprender de los seres humanos, y hay otro, también inolvidable, Fernando Ortiz, que me enseñó a entender mejor la Historia.